

Esperan, sin embargo atendidas las razones espuestas i las proposiciones demostradas en este informe, i conociendo el espíritu de rectitud que ha caracterizado al Señor Juez en las críticas circunstancias de las diversas épocas en que ha desempeñado el majisterio, que este juicio terminará como es de justicia; de una manera favorable a los acusados i sobre todo, a los derechos indisputables del Colejo.

Bogotá. 12 de febrero de 1859.

R. RIVAS

Señor Juez.

Este es tambien el informe que nosotros presentamos.

FRANCISCO FRANCO

BELIZARIO ARCINIEGAS

Es copia tomada del expediente original—Biblioteca Nacional Archivo Histórico—Legajo: «Instrucción Pública».

NATURALEZA Y GRACIA

Hace siglos de siglos, un hombre de la Grecia lanzaba desde las orillas de su mar siempre azul, una gran voz que reptieron las tenturias como un eco de montaña en montaña.

Era Epicuro, llamado el santo por Luciano, que hablaba en los jardines de Atenas, plegaba con tranquila elegancia su túnica y reflejando en la mansedumbre de sus gestos toda la bondad y toda la benevolencia de su sér. Acudían hasta del apartado Egipto, los hombres fascinados por la palabra del filósofo, que mostraba haber alcanzado en las oscuras cavilaciones del pensamiento, la verdad misma para enseñarla de manera palpable a

los humanos. Y tantos acogíanse bajo aquella fácil y libertadora comprensión de la vida que «los discípulos y amigos de Epicuro, según cuenta Diógenes Laercio, eran tan numerosos que apenas si hubieran podido contenerlos ciudades enteras».

Aquella gran voz parecía satisfacer parte notable de la misma complejidad humana, hecha de naturaleza y gracia, como más tarde habían de dividirla otros hombres de inspiración divina.

«La naturaleza todo lo dirige a sí misma, y por sí pelea y porfía», ella es ladina y está en el hombre queriendo enseñorearse desde los primeros albores de la vida, y ella sabe con enredos y engaños ponerse siempre a sí misma por fin. Y esto era, lo que tan plenamente llenaba las aspiraciones de las gentes, más acostumbradas a los imperativos de la naturaleza, que no gusta de la mortificación ni del sometimiento, que más sabe del propio contentamiento que del ajeno, y que, finalmente parece femenina en cuanto gusta del ocio y de la incuria, de las cosas inanes y bellas con que se regala y satisface.

Tiene, pues, la criatura humana en su complejo, la tendencia hacia dos fines distintos, ya que, «formó Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida: y fue el hombre en alma viviente». Por donde puede deducirse la naturaleza animal con que preparó albergue a la gracia, (Génesis, Cap. 2, vers. 7.) pues «crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió, varón y hembra los crió». (Génesis, Cap. 1, vers. 27).

De esta manera podemos afirmar las dos tendencias humanas sin que por ello venga a deducirse excusa alguna, pues como veremos más tarde, la tendencia animal ha de ser subordinada a las aspiraciones de la gracia. Así ha de entenderse que de los enemigos del hombre uno es la carne, así también el dicho del santo, «Tentación es la vida del hombre sobre la tierra», y finalmente el

de aquel que hablaba de la mala levadura que alienta en el compuesto humano.

Epicuro, descendiente ideológico de Tales de Mileto, Demócrito y Aristipo Cirene, reformador de todos ellos hasta construir una filosofía propia, en la que entraron pulidas y modificadas algunas piedras de las ideologías ajenas, se volvió también y contempló largamente la naturaleza humana, por donde dedujo, después de haberla comparado con la de otros reinos, todo el plan filosófico que había de enseñar que el verdadero fin está dentro del mismo hombre. Rastreémos, aunque muy someramente la eroción que a causa de objeciones y dificultades fue modelando a aquel pensamiento que fundamentose en un principio en la única razón de la experiencia, hasta llegar acosado, a una inspiración casi precristiana, ya que recuerda la frase de uno de Luises y nos pone en las primeras páginas de las sublimes «Moradas».

Aristipo Cirene había ya intentado dar contestación a la pregunta de todos sobre el fin u objeto de la jornada humana: interrogación siempre pendiente y nunca satisfecha. Epicuro repite con su antecesor, es el placer; y cree de esta manera haber dado rumbo y puerto a los desbrujulados peregrinos. Por qué lo creyó?

La deducción había sido clara para él. Un análisis de la experiencia lo demostraba así «ya que apenas han nacido las criaturas, cuando natural e independientemente de la razón se complacen con el disfrute y se rebelan contra el dolor». Mal puede tomar la razón cartas en tal asunto. No se le ha llamado a decidir sobre lo que afirma la voz de la naturaleza: debe subordinarse y escucharle atendiendo a que «La naturaleza sola debe juzgar lo que es conforme o contrario a ella». Jamás se ha equivocado ni desviado en su camino. Donde la razón no ha tenido parte y la naturaleza ha obrado a impulso de su tendencia, se ha visto libre de error y ha sido

el placer como foco de atracción o imán de la voluntad. Esto en todos los seres; ¿por qué el hombre ha de ser ajeno al fin que apetece toda la creación? No: no hay en el hombre dos seres distintos: el que piensa y el que siente. Son uno mismo, y es la sensación la que impresionándolo día a día y minuto a minuto, ora bajo la forma del disfrute, ya bajo la pesadez del dolor, ha llegado a arraigarse en forma de indeleble pensamiento. Y hé aquí que observando el orden del reino animal aprenderá la razón el camino de la verdad y la vida.

Nacido Epicuro en ciudad costanera, tenía natural tendencia a mirar lo abstracto en soporte material, ya que por aquellas islas, con la vista de los mares y los cielos, parecía concretarse un infinito. Así debió influir el medio ambiente en el filósofo, como también influyó el ser hijo de una maga a quien acompañaba de puerta en puerta por las casas pobres; para que cobrara inarrraigable desprecio por las prácticas supersticiosas que tan mal enlodaban la felicidad de la vida. Al estudiar el bien supremo no quiso él verlo separado de la criatura, como algo impersonal y abstracto que debía conquistarse lejano o descubrirse en determinada parte como el oro en el fondo de los crisoles según los alquimistas medioevales. De esta manera, al señalar el placer como bien supremo le parece haber sacado de entre las cenizas la centellita capaz de dar calor, de alumbrar y dar vida; la que está al alcance de todos y que tan acorde va con la naturaleza que rige. El mundo gira al rededor del placer. Este será faro y puerto hacia donde se dirija toda virtud. «Es necesario, dice él, tomar la honradez, las virtudes y todas las demás cosas semejantes, si procuran el placer; si no lo procuran sería necesario decirles adiós» Mas cómo encausarlas debidamente? Es esta la obra de la sabiduría, que se encargará de troquelar virtudes como monedas, para mercar el bien supremo.

Toda acción del sabio lleva en sí la ciencia por excelencia: la filosofía y Epicuro muy lejos está de despreciarla. Ella es la clave en la vida, y por eso aconseja que ni el joven ni el viejo se rindan cansados por ella; éste para que afianzado en la confianza del porvenir, lleve los años invernales con eterna juventud; aquél para que lo ilumine en el viaje del crepúsculo, un sol de medio día.

Investigar, no importa la hora! Poseer la felicidad es tenerlo todo, es alcanzar el cielo con los pies en la tierra! ¿Pero es acaso que el pensamiento filosófico lleva en sus entrañas el mismo bien supremo? Epicuro nos lo explica al definirlo: «no es una ciencia pura y teórica, (la filosofía), es una regla práctica de acción; más aún, es ella misma un acto, una energía que procura, por discursos y razonamientos, la vida bien-aventurada». De otra manera cuál su utilidad? Así la sabiduría es madre de la prudencia y la moral epicureísta corre tras ella para arrebatarse el hijo, ya que él a su turno es engendrador de paz, y la paz es la conformidad con todo, la eutritmia. Pero ella para remansarse en el corazón del hombre quiere la pureza de conciencia y el sosiego de pensamiento, la conformidad con todo. Y hé aquí la utilidad de las virtudes en la moral de Epicuro. De tal modo se aquillatan el pensamiento y la ciencia, según el placer que nos procuran; nuestra inteligencia fruto de los sentidos se debe a ellos. «El pensamiento sin la carne», no es para los epicúros más que una imagen descolorida y lejana... Todavía el pensamiento desnudo tal como lo concibió Aristóteles, es inferior al mismo bosquejo, porque con simples rasgos más o menos borrosos, la imaginación podría rehacer un rostro y todo un cuerpo; pero cuando se suprime la imaginación qué puede quedar? «Separados del hombre los sentidos nada queda de él».

Desarrollándose pues el pensamiento epicureísta, va perdiendo sitio la inteligencia, expresión de lo divino

en el alma, como afirmáballo Sócrates por otra parte. Sin embargo, más tarde veremos que también los placeres de la gracia llegan a tener un sitio levantado en todo el plan filosófico.

Pero el placer puede serlo todo, y es necesario determinararlo con claridad. Su casa tiene puertas abiertas a todos los horizontes. La vista, el gusto, el oído y los campos de Venus, son anchas ojivas para el bien supremo, y ellos además reúnen y cobijan a todas las escalas de categoría inferior. Esto no obstante, la inteligencia del filósofo no se llena con el fin así disperso, pues perfectamente pueden el oído, la vista, el gusto, procurarnos de manera aislada el placer. Además no satisfacen ellos proplamente a la naturaleza. No están para producir un goce consciente, al alcance de todos, y tienen una propensión, molesta para los epicureos, a espiritualizarse. Es necesario pues, encontrar en la gran casa la puerta que conduzca al recinto necesario y sin par, que sea base y sostén de todos los otros; y sin el cual no sea posible asomarse a las ojivas para extasiar la vista, ni recrear el oído, o llegar hasta las terrazas de Venus, que como las de Babilonia parecen paraísos suspendidos sobre el tráfico vulgar de los días pedestres.

Epícuro, mirando desde su punto de vista puramente sensible lejos de lo racional e intelectual, nos la va a mostrar. Lo que es primero en la inteligencia llega a ser lo último en la sensibilidad; aquí se escalonan en orden los placeres y se está obligado a subir el primero para alcanzar el segundo y así sucesivamente. Por esto, lo inferior precede a lo superior y lo sostiene, es su condición, es más necesario que lo superior, ya que de un goce restringido se asciende a uno más general. De tal modo Epícuro busca en esta escala que conduce a la bienaventuranza, el primer peldaño que es raíz de toda edificación, el que roza la tierra y está tendido al pie de todo mortal. El nos lo va a mostrar: «el principio

y la raíz de todo bien, dice Epicuro, con precisión, es el placer del estómago». Mal pesaríamos sus palabras si entendiéramos por ellas que el disfrute más perfecto es el de la nutrición. No, no es el más perfecto pero sí es la base de todos los demás, es la raíz y el comienzo, es la base de toda vida sensible; y por consiguiente, siguiendo la doctrina epicurea, de todo bien. Mas es necesario hacer constar, que no es él, el mismo bien supremo sino que es el germen que hará brotar la alegría en el corazón, para que así sea este campo abierto a todos los goces y a todas las voluptuosidades. Vemos pues identificados el bien moral y el interés sensible; el placer de la nutrición desarrollado y visto en todos sus matices, transformado por último en otros placeres como el del gusto y la vista, vendrá a constituir el objeto o la base de la moral epicureista. Y todo por razón de que el mayor placer es vivir y es el estómago la cantera de donde se abastece el organismo para la lucha con las fuerzas destructoras.

Mas sucede, que una vez hallado el placer fundamental se encuentra que no todo el mundo es senda lisa y llana, y que por tanto también hay en el placer las alternativas que dejan suceder la noche al día y la luz a la sombra.

Habiase dicho, todo placer, sea el que fuere, es en sí mismo un bien. Y se pensaba con Aristipo: qué importan los medios? El fin es bueno, él los justificará. Mas hé aquí, que hay placeres que si bien son deleitosos en el momento presente tienen en sus consecuencias los más torturantes resultados. Mal está, pues, que persiguiendo la vida, se halle la muerte. Epicuro quiere salvar este obstáculo y entonces cambia el cauce de su doctrina que habia corrido hasta ahora unísonamente con la de Aristipo. Ya no es recomendable hacer caso omiso del tiempo, fundados en la necesidad de la embriaguez de los placeres en todo momento, pues que no

sabemos el día ni la hora en que se nos huya la vida como un corcel cerrero, dejándonos tendidos. Tampoco es aceptable el que haya que correr tras de todos los goces porque cada uno de ellos es el fin, y el bien supremo no es el placer sino todos los placeres en particular.

Todas estas ideas cirenaicas que invitaban a ser como una mariposa humana que quisiera, posandose en todos los goces, agotarles las mieles para llegarse hasta otro sin pérdida de tiempo, y así en incansable romería porque la vida es corta; vienen a ser desechadas ante la idea del tiempo y del dolor por Epicuro. La obsesión por libertarse del mañana y que los hacía esclavos del presente, ha dejado de ser con el epicureísmo el caos lleno de torturas y servidumbres para el momento vivido. El hombre a pesar de todo, quiere ser inmortal o al menos tener en el presente la esperanza de un futuro probable aunque terreno; desea la unidad para poder amar y la fijeza para tener confianza. Y es esto lo que ha comprendido el filósofo de Samos, y quiere e intenta remediarlo. Asistimos en este paso a la completa bifurcación de la doctrina del placer: Aristipo Cirene no hará diferencia entre los goces: Epicuro aconsejará huir de los placeres demasiado peligrosos en sus consecuencias; pierden estos su carácter de fin a pesar de ser buenos en sí mismos. Vemos así remontarse en los siglos, engrosando muchas veces a su paso por algunos de ellos, la corriente moralista que en su fuente se llamó de la voluptuosidad, y que salvada por la idea del tiempo, ha llegado agarrada de su mano hasta nuestros días.

El nuevo utilitarismo no desecha ya el dolor, porque si bien es cierto hay goces que producen penas, también lo es que hay dolores que debemos llevarlos con resignación, animados por el placer que ellos nos aportarán mañana. El mismo maestro nos lo dice: Nosotros obra-

mos con el bien en ciertos momentos, como con un mal y nuevamente nos servimos del mal como de un bien.

Y dónde el árbitro capaz de justipreciar los disfrutes en sus consecuencias como también los dolores? Es éste la inteligencia humana, que aun en su papel de medio, llega a hacerse imprescindible en la consecución del fin. Y hé aquí que después de haber descendido y despreciado el pensamiento, surge y se eleva como una columna de humo para servir de guía, siempre en oficio de medio, por el basto desierto del tiempo y la sensibilidad.

Hemos llegado con el desarrollo de la doctrina epicurea, a una colina que es preludio de ascenso. La vida, ya no se mueve entre dos sombras pretérito y futuro; la inteligencia y la libertad han cobrado un aspecto de autonomía, y la misma consecución del fin se ha llenado de orden; no dan ya las pasiones la impresión de manadas de cebués, obstinados en escapar por un mismo portillo, ante la posible tormenta de otro día; ya no tienen obstáculos de tiempo, y todos se menean como por turno y conveniencia bajo el cielo limpio y seguro del mañana. El mismo bien ha tomado un aspecto menos particular y más general, parece que quisiera moverse en el fondo de un infinito.

Con los nuevos cauces, ha hablado Epicuro de la felicidad, vocablo nuevo en la teoría, traído por la nueva concepción; da la idea, si se le compara con el fin cirenaico, de un espejo fraccionado en miríadas, que se compacta y hace uno bajo la voluntad y la lógica. Es más, sube al cielo Epicuro, y conquista para los sabios, la bienaventuranza de los dioses, porque ellos, los sabios, «artistas de la felicidad», preparan sobre el futuro las emociones venideras, hacen resaltar unas que la experiencia les aconseja, y excluyen otras prudentemente.

Libres quedan de la volubilidad de la fortuna, su razón ha regido las cosas más grandes y más importantes, y durante todo el resto de la vida las dominan

y las dominarán». «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que que obtiene la inteligencia; porque su mercadería es mejor que la mercadería de la plata, y sus frutos más que el oro fino». (Libro de los Proverbios, capítulo III).

No obstante haber bajado y ofrecido al deseo humano la misma felicidad de los dioses, no ha podido desterrar al dolor de entre los hombres, que parecen haberlo heredado desde el día primero en que sus ojos vieron la luz. Las penalidades llegan las más de las veces sin ser buscadas, y en cambio los disfrutes, objeto constante de una sed insaciable, no sólo se nublan cuando se les persigue, sino que una vez encontrados se abre un abismo que nos los deja en frente pero sin poderlos tocar. Tal parece como si fuera el hombre por la tierra, cautivo en una galera, y apresado por las cadenas del dolor, teniendo por sólo recreación, contemplar de tarde en tarde, el oteo de la gaviota, únicos puntos risueños sobre el horizonte estéril.

Casi podría decirse, que ningún goce se compra con moneda distinta que la del dolor, tras el fatigante acumulamiento de los grumos.

«En la doctrina de Epicuro, como en toda doctrina utilitarista, existe con frecuencia una relación opuesta entre el fin y los medios para conseguirla».

Pero no. Epicuro que se había empeñado desde un principio en que fuera el fin algo asequible para todos, trata de sostenerse en su propósito, y entra de lleno a explicar, cómo para hallarlo es necesario quitar una capa inútil que amana de espata lo cobija y esconde. El lo repite: no está el bien en el placer momentáneo, la felicidad la constituye la suma de placeres presentes y pasados. Ante el posible desequilibrio que podría hallarse a la hora de cuentas, quiere él para poner al alcance de todos el «summum bonum», como desnudarlo y enseñarlo en su más perfecta simplicidad, dejando

siempre solo un soporte en la carne, mientras lo unifica y lo espiritualiza, haciendolo salir arosamente puro como agua viva de entre la montaña.

Esta especie de depuración que quiere hacer Epicuro al rededor del bien supremo, radica principalmente en los deseos. «Cuántas veces desea el hombre de modo desordenado alguna cosa, luégo pierde el sosiego». El los calificara en naturales y necesarios, entiendo por ellos los que tienden al aplacamiento de un dolor como la bebida la sed; en naturales y no necesarios siendo estos los que varía solo la voluptuosidad, pero no apagan el dolor, tal el regalo de manjares finos; y últimamente, en aquellos que ni son naturales ni necesarios, ya que solo tienen fundamento en la soberbia, y descanso efímero en los honores y laureles. Cosas todas que no dan la felicidad terrena sino antes por el contrario «continua paz tiene el humilde; más en el corazón del soberbio hay emulación y saña frecuentes».

Claro está, que solo los primeros entre los catalogados han de ser siempre satisfechos, pues comprenden las más elementales necesidades para el sostenimiento de la vida, aparte de que a más de ser los más frecuentes muy poco cuesta el satisfacerlos ya que poco exigen y el hombre sabio puede apaciguarlo con una torta de miel como a Cerbero. Son los otros naturales pero no necesarios y exigen, por virtud, en la moral epicureista la templanza. Dado su origen natural, la sabiduría práctica ha de estudiar la manera cómo satisfacerlos de vez en cuando, teniendo siempre cuidado de no alzarlos en su rango, y no aflojar en mucho las riendas, para evitar que se tiranicen y desboquen. Los quiméricos, que son los últimos, ni hijos de la naturaleza ni de la necesidad, deben recibir libelo de repudio y eterno destierro.

Hase llegado pues, a un punto, en que se cae como fruto maduro por su peso, la deducción clara, solo para constituir y alcanzar la felicidad se hace indispensable

aquello de que no se puede prescindir en la vida del cuerpo: el alimento. Guarda como se ve la doctrina epicurea, más lógica de la que se supone: he aquí que se ha vuelto al punto de partida: los placeres del estómago. Conseguí la satisfacción del cuerpo, y podréis edificar en el mundo interior los más regalados paraísos. Epicuro, exigía tan solo para disputar con el mismo Júpiter sobre felicidad, un cuenco con agua y un mendrugo de pan. Consideraba que esta riqueza definida y fácil de procurarse, pero que la de las vanas opiniones cae por lo contrario en lo infinito y temerario. Como fundamento trae a la naturaleza más previsora que la opinión, y que jamás exita un deseo imposible de satisfacer, y eso a poco costo. Nuevamente estamos en las primeras páginas; y al escuchar la voz de la naturaleza se encuentra que el verdadero placer deseable no radica en más que en la satisfacción estricta de un deseo. En el hombre ya no se encuentran más que dos, el de comer y el de beber, únicas fuentes del disfrute. El afán para libertarnos de la superfluas necesidades del cuerpo, nos ha despojado, dejando solo dos en salvo, merced a que se acreditan por la necesidad, y a que si bien es cierto que muchas veces al día encienden el deseo, también lo es, que a cada paso pueden ser extinguidas, gracias a lo limitado y humilde de sus exigencias. Pero es acaso que el hombre ha de ser como el famoso tonel sin fondo de la mitología? Aristipo llenaba estos instantes con la embriaguez de todos los goces posibles, que Epicuro, seducido por la idea del mañana, los despreciaba en su plan verdaderamente ascético. Sin embargo él soluciona y hasta parece sonreír benevolamente ante este escollo. El deseo, no es sino un grito de alerta dado por la naturaleza al perder fuerza. Una vez satisfecha, qué puede venir sino el equilibrio, la conformidad, la paz, en una palabra el placer? Totalmente rechaza Epicuro la idea cirenaica de que puedan existir estados

intermedios entre el placer y el dolor. Creía verlos Aristipo, en los momentos de reposo, pero son éstos precisamente aquellos en que la naturaleza está libre de la pena de ningún deseo. «Desde que haya ausencia de dolor, habrá presencia de placer: el placer llena inmediatamente el sitio dejado vacío por el dolor, como el aire llena en un vaso el sitio del agua que se derrama». «Este mismo estado, que parece a algunos un estado intermedio, como estaría en este caso desprovisto de todo dolor, constituiría no solo un placer, sino hasta el mismo placer supremo. Todo ser sensible, cualquiera que sea el modo en que se le afecte, ha de encontrarse necesariamente en el disfrute o en la pena».

Y parece ya colmado el anhelo epicureo de poner el fin supremo al alcance de todos; nos ha enseñado a ser conscientes en el placer, y mas aun ha demostrado cuán difícil es en verdad un solo instante de sincero dolor. Hasta en las largas enfermedades llenas de insomnios, dice Epicuro, no puede el dolor arrojar enteramente al placer el cual por el contrario parece desterrarlo con su sola presencia; de este modo abonándolo todo en cuenta, contienen más disfrutes que dolores las grandes enfermedades y lo que es considerado con razón como el mayor de los males, no alcanza a destruir por completo el placer. Bastará para tener la felicidad, no sufrir siempre; y qué cortos son en conjunto los instantes dolorosos en la senda recorrida por la vida! Luego la felicidad ha perdido ya toda muralla que la haga inaccesible; es ahora como las aguas de un pozo que se encuentran cristalinas y dormidas en el fondo.

Sin dividirlos proplamente, distingue Epicuro dos clases de placeres distintos, subordinando el uno al otro: el primero es el denominado placer de movimiento, entendiendo por éste el acto mismo de satisfacer un deseo; el segundo o sea el llamado placer estable y constitutivo, es el verdaderamente puro, y es un lecho perfumado,

para el sueño de todas las ataraxias. A él deben tender sus brazos todos nuestros esfuerzos y así, poseeremos la paz y la armonía. Siendo como es el placer estable y constitutivo el tan deseado bien supremo, claro está que el mal peor ha de ser aquel que perturbe ese remanso o descomponga esa euritmia; es la bienaventuranza lo mismo que aguas dormidas pero que con el solo golpe de una hoja se erizan y quiebran descomponiendo el paisaje de su contemplación. Llevamos nosotros escondido en lo más recóndito, este cristal sosegado que es necesario defender de todas las vorágines y de todas las tormentas, a fin de evitar que lleguen hasta él y lo saquen del éxtasis de la vida. «el fin, nos lo enseña el maestro, no es sufrir en el cuerpo y no ser inquietados en el alma». Y Diógenes Laercio nos repite en sus páginas: «Desde que ha nacido en nosotros la salud del cuerpo y la ataraxia del alma, se aplaca en seguida toda tempestad espiritual, porque el sér no tiene ya que ambular en persecución de algo que le falta, ni tiene ya que buscar nada para que sea pleno y total el bien del alma y del cuerpo». «Es pues el soberano placer igual cosa con el soberano bien». Mal vendría a ser entendida la ataraxia si se coligiera por ello que ha de rendirse la criatura a un letargo inconsciente para el espíritu e insensible a la carne. Lo que constituye el bien supremo, es el goce de mirar en sí mismo la más perfecta concordia, que marcan como en un ritmo para el mundo interior, la consonancia perfecta entre las secretas moradas y los abiertos cielos del universo externo. Es, quizá, la afirmación interior y concreta de sentirse vivir libre de todo escollo y de toda nube maculada; el goce supremo en la contemplación de las sendas interiores donde corre la vida con suavidad de aguas sin que hasta ella lleguen las perturbaciones y tropeles de la calle. Tal vez se asemeja a aquel palacio de Rabín Dranath Tagore soñado con fantasía indú en «Las Piedras Hambrientas».

Textualmente dice Epicuro al respecto, poseer el bien, es permanecer inmóvil dentro de sí mismo: es, en vez de ocuparse en adquirir, hacer todos los esfuerzos para no perder nada; concretar todos los disfrutes fugitivos y superficiales a uno solo, pero imperecedero y profundo, el de la vida: el bien es la serenidad.

Algunos autores, entre ellos Guyau, afirman que quiso Epicuro en este paso libertarse del tiempo. Quizá no sea del todo justa esta afirmación, ya que es imposible considerar como disfrute «imperecedero y profundo el de la vida», con prescindencia absoluta del tiempo. Por todo el plan moralista de los epicurios, resalta el cuidado que ponen estos en la salud del cuerpo, y al hacerlo así, es notorio que no persiguen fin distinto que el de la vida tranquila y libre de enfermedades, con lo cual viene como consecuencia una primaveral longevidad. Apóyanse también en el precepto de Epicuro: «permanece él mismo, es decir, en cuanto sea posible vive fuera del tiempo». Bien puede interpretarse esta frase a manera de un consejo para el aislamiento de las luchas y cuestiones del momento presente, las cuales no hacen más que crear incomodidades y enemigos a aquel que no se aparta de «conversaciones superfluas» y de andar ocioso, y de oír novedades y murmuraciones. Viviendo pues fuera del tiempo y lejos del mundanal ruido, podrá llevarse una vida descansada y llena de bienaventuranza.

Volviendo a la ataraxia, es algo realmente imposible de procurar esta especie de conformidad con la carne no obstante que para ello se hayan hecho los mayores esfuerzos. El mismo Epicuro lo ha dicho: no hay estados intermedios, o se sufre o se goza, y el cuerpo no vive en sus sensaciones más que el presente. Así reconocido esto, parece imposible evitar al hombre momentos de dolor. No puede la naturaleza ahogar los gritos del dolor con el goce del disfrute contrario a la pena del momento, y por lo tanto, la cadena dolorosa que se arrastra por la vida, tendrá momentos en que más torture y más

pesada se haga. Pero Epicuro va siempre dejando una puerta abierta a medida que se interna. El, con la idea del tiempo introducida a su moral, nos explica cómo equilibrar con los chirridos de la cadena los deliciosos sonos de las flautas bucólicas. ¿Por qué quedarnos en el momento presente? Descorramos las cortinas que ocultan el pasado y el futuro y entonces veremos, como por poder mágico de la voluntad, reflejarse el pasado sobre el presente y el futuro. Esto bastará, porque mientras el cuerpo padezca, el hombre podrá recordar el placer contrario al dolor que sufre, y de este modo a más de revivir los goces, animado por la esperanza, olvidará los dolores presentes, confiado en despertar mañana en brazos del placer anhelado. «Recordar» y «Esperar», he aquí el nombre de dos jardines nuevos con sus colores azul y verde, que ha plantado la moral epicureísta, para adorno y camino de la casa del placer.

Y aquí hemos subido un paso más en el utilitarismo. Se abre la doctrina como un libro para enseñar la página ignorada, de la que no había querido hablarse concretamente: los goces del alma. Es de ella el emblema «Recordar» y «Esperar», ya que solo el alma sabe descubrir en los campos los mirtos que sirvieron de corona a las horas perdidas, y embriagarse con su olor, y soñar para el futuro en danzas de ninfas con el viejo Pan.

La carne gozará o sufrirá sólo en el momento presente; el espíritu sabrá gozar o sufrir para el presente, el pasado y el porvenir. Además, aquella nunca aventajará a éste en lo intenso del placer o del dolor. Será el espíritu al mundo exterior como un carrizo al que todos los vientos le arranquen sus notas.

Sin embargo es de advertirse que para los epicureos como para los sensualistas en general, los placeres del espíritu no son aislados de los de la carne: son el placer de ésta, más o menos modificado y depurado por las ideas del pretérito y del futuro, las cuales los hacen ser un recuerdo y una anticipación, que tienen un algo que rebasa los placeres sensibles propiamente dichos, en una

semiposesión del porvenir. Pero si bien es cierto que estos placeres son superiores a los del cuerpo, también lo es, que cuando se trata de dolores ocurre idéntica cosa, es decir, que más intensamente sufre el alma. Encontramos pues nuevamente la cadena dolorosa y es necesario emprender otra cruzada para combatirla. El espíritu que solo ocupaba al principio un puesto de medio con respecto al cuerpo, recobra su papel de fin verdadero, y se impone, gracias al sentimiento del infinito que parece brillar bajo todos los rescoldos en todos los seres. De esta manera participan de ese sentimiento las penas o los placeres del espíritu, pues la duración se abre ante ellos y ni la muerte alcanza a limitar las extensas llanuras del tiempo, porque en el fondo hay una lucecita que alumbra a la eternidad. En esta apreciación puede creerse que el hecho se evidencia íntimamente, sea cual fuere el concepto sobre la muerte que se tenga por razón. Así pues, la sensación efímera del momento actual decaece ante la imaginación o el pensamiento, que discurren por la llanuras sin lindes de la fantasía y la verdad, como potros corredores enjaezados de oro y plata.

¿Pero acaso estará el alma libre de secretas angustias y sufrimientos?

Todo hombre ansía saber si se debe a un superior, para ordenar así sus pasos en la vida, y rendir culto a los Todopoderosos, a quienes todo se debe y de quienes todo se espera. De esto se derivará necesariamente una moral y una religión, pero llenas ambas de inseguridades y temores, de supersticiones y fetiches. Son estos dioses deducción hecha por el hombre ante la contemplación de la naturaleza, llena de fenómenos tan incomprensibles, que engañan en un principio haciendo aparecer como si obraran por sí mismos, pero que una vez, abandonadas por el hombre las contemplaciones y viniendo en su reemplazo, se deducen de seres superiores y extraños. Comprendidos así los dioses vienen ellos a encarnar todos los aparentes caprichos de la naturaleza,

y las que ella daba como señas naturales para efectuar sus fenómenos, vendrán a torcerse y modificarse hasta formar en el orden espiritual toda esa cadena de agüeros y supersticiones y mitos, que fueron tenidos en el mundo antiguo con el auxilio de oráculos y divas, como señas inexorables de la voluntad divina. Tan temerosos y desosegados vivían en aquellos tiempos bajo la mirada iracunda de los dioses insatisfechos, que para agradecer los dones recibidos sin haberlos implorado a ninguna divinidad, erigieron altares al «dios desconocido» a donde llevaban sus ofrendas al benefactor innominado. Así, postrábanse ante el amigo tutelar para rendir pleitesía ya que los séres olímpicos eran en extremo celosos de los ritos, y ante el descuido la indiferencia por el reconocimiento de su mano omnímoda, desataban sus furias con rencor y venganza destructores. Tan directamente dependía la felicidad terrena de la voluntad y capricho de los dioses, que muchas veces temblaba el hombre por el dón encendido, ya que nunca han vivido con tanta exactitud los versos franceses de Racine, como entonces:

Teme, señor, al cielo, que por tus fechorías
 acaso alguna vez, irritado contigo
 te desprecié hasta el punto de darte lo que ansías
 y en tu satisfacción vaya envuelto el castigo.

Y todo esto dentro de un ambiente de supersticiones en que la religión misma las alimentaba y el Estado las hacía parte de sus creencias. Cuenta Plutarco, que agobiados y desesperados muchos por el enredo de superchería y agüeros, acogíanse en busca de paz bajo el ateísmo donde nada debían temer y nada esperar.

Epicuro quiso libertar a los hombres de tan dura esclavitud. Ya los Cirenaicos con Teodoro y Evemero, habían disparado sus hondas contra los dioses gigantes. Habíanlo hecho con una lógica estricta, que a pesar de todo no había alcanzado a derribarlos de sus altares. Cuando una verdad, profana una tradición heredada, el corazón por razones que la mente ignora, la

rechaza aun cuando venga acreditada por una lógica irrefutable. Por eso "Epicuro fue más que un lógico: supo hablar al corazón y despertar en sus discípulos, para combatir la tendencia religiosa, otra tendencia más viva en el hombre, la tendencia a la libertad".

Y Epicuro, después de haberse metido en el Parnaso y quebrado los dioses en sus pedestales, va a edificarle un santuario a la libertad sobre la dura piedra de la ciencia. "La superstición, decía, procede de la ignorancia, el vulgo, ignorante de las causas de los fenómenos, puso detrás de ellos las voluntades divinas, que el sabio verá retroceder, como una sombra, ante la fuerza científica. La sabiduría no se reduce ya a dirigir los pasos del hombre por la vida, sino que sálase ahora del "yo" y va al mundo exterior donde lo investiga todo y todo lo excruta por comprender como causas naturales lo que antes tuviera por misterioso, divino o satánico. Sabiendo el por qué natural de todo, asistirá a la fuga vergonzosa de los dioses falsos.

Será pues la ciencia el peor enemigo de la religión, y de conseguir su triunfo se obtendrá como presea, la libertad que ha de ser en el hombre fundamento seguro de la bienaventuranza. Debe notarse que el primero que halló esta oposición entre el espíritu científico y el religioso, fue aquel filósofo de Samos, en veces tan mal justipreclado.

Sucedio pues, que una vez revelada la farsa de los dioses, vino el determinismo físico, consecuencia de la ciencia todopoderosa. Considera Epicuro esta esclavitud mil veces más despreciable que la que refería su fuerza a séres superiores. Con una doctrina física en la que si no le hubiera guiado Demócrito, según afirmaba Metrodoro, no hubiese podido llegar a la sabiduría: explica la formación del mundo por átomos divisibles en teoría pero no en hecho, y los cuales tienen como inherentes, formando parte de su naturaleza, tres fuerzas de movimientos distintos contando entre ellas la voluntad. De tal teoría enteramente física toma pie para re-

futar el determinismo. Teoría que todavía no ha salido del mundo científico y que muchos y grandes positivistas de estos últimos tiempos han acatado y sostenido. Interesante en verdad, tener lugar en la cortedad de estas páginas a fin de exponerla íntegramente, aun cuando su sola enunciación es tema precioso para un estudio de ciencias naturales.

Epicuro, como Hércules fabuloso, después de haber robado las manzanas en el jardín de las Espérides y haberlas regalado a los humanos, emprende su último trabajo; quiere quitar la sombra que impide saborear los dulzores de la bienaventuranza y va a la liberación de Teseo en los infiernos.

Cuando la vida danza por el mundo con coronas de rosas, se encuentra con la muerte que la ríe y cuyas cuencas se prolongan indefinidamente entre las sombras, llenas de misterios y de visiones. Entonces, cesan las músicas alegres y en la tragedia humana surge el coro que interroga los abismos de la tumba; que con eco doliente se arranca del corazón por preguntarle a la aurora si los ojos verán la caída de la tarde; y nuevamente el coro quejumbroso interroga los dominios de la muerte, mientras la tierra adusta, la madre tierra, sólo deja escapar los aullidos del cerebro.

Teniendo pues, Epicuro por idea dominante de su doctrina la supresión de todo lo que oscurezca el fin supremo, va a demostrar que "nada terrible existe en la vida para quien sabe que nada terrible hay en la privación de ella".

Tendrá que luchar con el concepto de aquella época en que se le concebía a la manera de un sueño y por tanto no exenta de alguna sensibilidad. Lucrecio, exponiendo la doctrina de su último maestro, pinta cabal y objetivamente este sentimiento "el hombre no puede arrancarse por completo de la vida, no puede despojarse de sí mismo, separarse de ese cuerpo tendido en la tierra; se figura que éste es él todavía, y de pie,

al lado de su cadáver, lo anima y entibia todavía con su sensibilidad".

Esta idea confusa pero general, de una conciencia después de la muerte, arraigó e hizo florecer en el pensamiento humano la idea de la esperanza y sobre todo la conciencia de la inmortalidad. Porque si bien se ve, en el fondo no es otra cosa que la afirmación de algo que llevamos en nosotros, y que nos grita con voz de convicción su inmortalidad. Las palabras del Rabí frente al cadáver de Lázaro y después al de la muchacha quinceañera "Están dormidos", habían estado en los labios de la humanidad y las pronunciaban con sonrisa optimista en espera de ese indefinido despertar. Mas, al hacerlo así la humanidad seguía a la mayor parte de las religiones antiguas que no daban morada distinta a las de tamaño entre la tumba y el infierno.

Contra este sentimiento de la inmortalidad va Epicuro a empinarse, esgrimiendo sus teorías positivistas. Infundado es todo temor sobre la muerte. "Cuando somos, la muerte no es; cuando la muerte es nosotros no somos ya. Luego ella no existe ni para los vivos ni para los muertos, porque para los que existen, ella no existe, y aquellos para quienes ella existe, no existen ya". La muerte, continúa Epicuro, no es nada respecto a nosotros, porque lo que se ha disuelto ya, es incapaz de sentir y lo que nada siente nada es para nosotros.

En carta posterior dirigida a Meneceo, explana estas ideas en los términos siguientes: "Acostúmbrate a pensar en que la muerte no es nada para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la facultad de sentir y la muerte es precisamente la privación de este poder. Así, pues, este justo conocimiento de que la muerte no es nada para nosotros hace que el carácter moral de la vida nos impide el disfrute; y esto, no presentando ante nosotros la perspectiva de un tiempo indefinido, sino quitándonos el deseo de la inmortalidad".

Para alcanzar una cabal comprensión acerca de lo que es la muerte, basta tan solo volver los ojos hacia el pasado. ¿Acaso no venimos de la nada? ¿Y quién en el mundo se ha preocupado por ello? Pues bien, esa negación de la vida en el pretérito, será un espejo que refleje fielmente esta otra negación de la vida en un futuro, o sea la muerte. Antes de venir a la existencia, nada era el hombre, y esta nada era una completa negación de la vida, y sin embargo, esto no ha acarreado a ninguno el menor sufrimiento. Por qué, pues, mortificarnos por la idea del retorno a esa nada, de la que tenemos experiencia y seguridad? En nuestros días ha razonado de igual manera el filósofo alemán Shopenhauer, tratando como Epicuro de demostrar que no es la muerte un mal y olvidando que se les podría responder con harta razón la palabra de Bayle. «Ya es bastante que seamos privados de la vida que tanto amamos».

Aparte de que es imposible, según Epicuro, la inmortalidad, considérala temible antes que deseable.

El vuelve su mirada hacia la naturaleza y al escudriñarla, la encuentra ajena al ansia de la inmortalidad. De donde se deduce que el tal deseo debe ser suprimido como lo han sido las riquezas, los honores, y tantos otros que «caen en el dominio de lo indefinido». A más de esto, una vida demasiado larga, traería necesariamente una especie de cansancio por todos los placeres conocidos yá que, según la frase inglesa, la humanidad es tan inútil que no ha sido capaz de inventar ningún nuevo pecado.

No obstante podría hacerse esta objeción, siendo el placer el bien, si el placer es acortado e interrumpido por la muerte, el bien queda disminuído, no siendo la muerte un mal en el sentido absoluto de la palabra, es un bien menor, luego es un legítimo objeto de aversión para el sér que tiende al mayor bien, la inmortalidad, por el contrario, si se concibe como la per-

petudad del disfrute, sería un legítimo objeto del deseo. (Observación de Guyau).

Epicuro niega, dice Diógenes Laercio, que la inmortalidad pueda añadir algo en la felicidad de la vida, y que un disfrute sea menor, si se goza de un corto espacio de tiempo y no por una eternidad. El que coloca el soberano bien en el placer, niega que éste puede ser más intenso en un tiempo infinito, que un tiempo determinado y breve. No seduce en el placer el tiempo da su duración sino su intensidad. Y esta intensidad hay que aprender a catarla, de la misma manera que a un vino añejo, en copas de cristal. Solo la inteligencia sabrá medir los horizontes de los placeres intensos pero efímeros. El filósofo alemán Feuerbach, acorde con el epicureismo en estas apreciaciones, explica con la límpida fantasía de una sonata germana, que tal vez escuchara él de entre las ondas del Rhin, la ninguna importancia del tiempo en el placer. Dice así: las notas musicales, aunque suenan en el tiempo, están, sin embargo, por su significación, fuera del tiempo y por encima de él. La sonata compuesta de ellas, es también de breve duración, no se toca eternamente, pero, no es ella nada más que larga o corta. ¿Qué dirías, te pregunto, de quien durante la audición de la sonata no escuchara sus notas, sino contase los minutos de su duración, tomando éste como base de su juicio, y cuando todo el auditorio intentase expresar su admiración con palabras emocionadas, el no encontrase para significarla sino esta frase: ha durado un cuarto de hora...? Indudablemente la palabra loco te parecería demasiado suave para aplicarla a semejante hombre. ¿Cómo debieran ser calificados aquellos que creen juzgar la vida, diciendo que es pasajera y limitada?»

Sublimar la sonata de la vida, hacerla suave y melodiosa, alada y profunda como la torrentera, flexible y robusta como un verso. Sentir, aprender la conciencia de la sensibilidad, y ser como la caña del desierto, mu-

sical bajo el pallo de la noche... y sonora con voces que apaguen el tropel de los vientos desbocados.

Esto no obstante, no quiere decir que porque no se tema ha de desearse la muerte. Hubo en tiempos de Epicuro, un hombre llamado Hegesias, discípulo del viejo Aristipo. Fatalista, negaba la posibilidad de poseer el bien supremo, y solo aconsejaba a los hombres huir de los deseos de paz y bienaventuranza, para llevar el dolor, ya que no con placer, sí al menos con resignación. Este hombre, apóstol de la muerte, hizo su evangelio con la indiferencia y la renuncia de los goces como paliativo único a la vida. Mas dado el caso que esto no alcanzase a menguar el acíbar, entonces «La vida vale la muerte y la muerte vale la vida».

Y cuentan que tuvo tantos prosélitos el apóstol de la muerte, que un rey de aquellos tiempos llamado Talomeo, se conmovió íntimamente y se sintió en su corazón, que este cansancio de la vida se hiciera fatiga universal.

Así convocó el espíritu malo de Hegesias, para exhortarlo a clausurar su escuela y a abandonar los dominios de aquel reino.

Epicuro hizo alusión directa con las frases siguientes a la doctrina del Pisíthanate. «Qué locura, exclama, el correr a la muerte por disgusto a la vida, cuando vuestro género de vida es lo que os fuerza a envidiar la muerte». Debe recordarse que antes había dicho, «nosotros somos los que formamos nuestro placer, mucho más que las cosas exteriores». Y qué más ridículo que invocar la muerte, continúa Epicuro, cuando es su temor el que nos emponzoña la vida. Así enseña él a hacer optimista la existencia.

Inútil sería, en verdad, continuar con citas epicurias para refutar al pesimismo, cuando su mejor refutación se halla expuesta en todo el cuerpo doctrinario, sintetizado, aunque de mala y deficiente manera, en las páginas anteriores. Conocido es el poder del sabio en múltiples casos para librarse de los dolores presentes con el recuerdo del pasado gozoso y si se viera el caso

de que las penas rebasasen la medida de todo disfrute, entonces el epicurista que se ha enseñado a no mirar lo terrible en la muerte, que poco a poco ha ido debilitando los lazos de amor que lo unían a la vida, podrá un día «en que discurran vientos ineluctables, llevar anclas para jamás volver». Como para testimoniar su grandeza, Epicuro, no sólo enseñó la palabra, sino que, enamorado de su doctrina, vivió el espíritu hasta apurar la vida. Cuando el mal de piedra lo clavó en el dolor, supo ser tan valeroso que ante su sabia sonrisa «sonrisa unánime ante la vida que pasa y la verdad que perdura», sonrisa agónica resplandeciente de inmortalidad, los mismos estoicos señalaban por modelo al que Luciano apellidara santo.

Es verdaderamente digna de transcribirse la última carta de Epicuro, escrita cuando ya empuñaba los remos para zarpar:

«Epicuro a Hermaco, salud.

«Cuando te escribo ésta, paso un día feliz, que es al mismo tiempo mi último día, tales sufrimientos se apoderan de mí, que nada hubiera podido añadir a su intensidad, pero frente a todos estos dolores del cuerpo, tengo dispuesta y colocada en línea guerrera la alegría del recuerdo que procede de mis inventos, Tú, para dar nueva señal del amor que desde la juventud has tenido por mí y por la filosofía, ten cuidado de los hijos de Metrodoro».

Así ha muerto el santo de Samos, Implorando para los hijos del amigo, en gesto de lealtad sin par, y sonriendo a la vida que se huye..... como sabían hacerlo los héroes legendarios.....

.....

Era una vez en los mares azules de Grecia, cuando reinaba Tiberio. En la noche, el cielo ciego, sin estrellas, dejaba sentir el estrépito de unos carros pesados al rodar sobre las nubes espesas y cerradas. Quizá llevaban los aurigas látigos luminosos que rasgaban el espacio con culebros centellantes. Unos hombres, de

no sé qué tierras extranjeras, navegaban por frente a la isla de Jacinto. El mar se revolvió lúgubrememente inquieto, con un perenne e inquietante bramido, y el cielo continuaba trágicamente ciego, soñando con visiones infernales. Un relámpago hendió la negrura pareja de los cielos, y de aquella brecha pavorosamente honda, surgió y escucharon una gran voz que clamaba: Pan, el gran Pan, ha muerto!

De esta manera cuentan los historiadores, que en aquella noche exhaló con voz agónica sus últimas palabras el paganismo. Más tarde llegó hasta Atenas la voz de Cristo que refutaba todas las doctrinas, especialmente las positivistas. Por eso la segunda parte de estas páginas debería ser el estudio de la «gracia», la cual es humilde como una centellita ante la inmensa hoguera que la creó, «Ella todo lo refiere a Dios, de donde originalmente mana; ningún bien se arroga ni se atribuye a sí misma».

Por darle supremacía vino Dios al mundo, y así, cuando hablaba a los pecadores decía:

«El espíritu es quien da la vida; la carne, o el sentido carnal, de nada sirven para entender este misterio; las palabras que yo os dicho, espíritu y vida son».

Al tener tiempo y espacio en la brevedad de estas líneas y en la premura de los días, enfrentáramos la doctrina cristiana a la epicurea para asistir a la lucha del espíritu y la carne: de la naturaleza y de la gracia.

ALFONSO CARBONELL

